

SERMON

DE SAN GIL, ABAD.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

Erat vir ille simplex, et rectus ac timens Deum.

Él era un varon simple, recto y temeroso de Dios.

Job, c. 1. v. 1.

Cuando al recorrer las noticias que nos han quedado de la vida de san Gil hallo un hombre que desatiende generosamente á la grandeza de su nacimiento, que desprecia los cuantiosos bienes de sus padres, que huye de su casa despues de haber repartido su patrimonio á los pobres, que se desprende de los honores del mundo, se oculta en una cueva para vivir solo con su Dios y gozar las dulzuras de la contemplacion, y que por fin, por caminos conocidos y dispuestos solo por Dios, ocupa sus últimos años en el silencio de un monasterio, siendo modelo de virtud y santidad, en donde cargado de méritos y gracias muere con la muerte preciosa de los justos, me parece que habiendo de formar su elogio en este dia nada puedo decir de él con mas acierto que lo que el sagrado libro nos dice del santo Job : *Erat vir ille simplex, et rectus ac timens Deum.* Él era un varon simple, recto y temeroso de Dios.

Se hace mofa de la simplicidad del justo, porque la sabiduría del mundo consiste en ocultar las maquinaciones del corazon, en usar de doblez en las palabras, en hacer creer lo falso por verdadero y lo verdadero por falso, como dice el padre san Gregorio. Esta es la prudencia del mundo, continúa el mismo santo padre, que los jóvenes adquieren con el uso, que los niños compran con el precio; los que la poseen se ensoberbecen

despreciando á los demas, y los que no la tienen son reputados por débiles y tímidos. Esta es, en una palabra, la perversidad del corazon, que el mundo se ha convenido en paliar con el nombre de urbanidad y prudencia. Esta es la que manda apetecer los honores, jactarse en la vanidad de la gloria temporal; hacer mal multiplicado á los que nos le hacen; no ceder jamas á los que nos resisten y saber disimular con una bondad pacífica las injurias de que no podemos tomar venganza. La simplicidad de los justos, por el contrario, consiste en no fingir nada, hablar con sencillez, buscar la verdad, apartarse de la mentira, hacer graciosamente el bien, sufrir con paciencia los trabajos, no vengarse de las injurias, orar por los que nos maldicen, buscar la pobreza, no resistir al malhechor, y volver una mejilla al que nos hirió en la otra. Esta es, en sentir del citado santo Padre y conforme á la doctrina del divino Salvador, la simplicidad y rectitud del justo, y este es el ejemplar y la ley por la que hemos de medir la del glorioso san Gil cuya fiesta celebramos. Simple, dice san Bernardo, simple y recto es aquel cuya voluntad está perfectamente convertida á Dios, que nada quiere ni apetece en este mundo sino buscar de todas veras al Señor; y esto mismo es lo que halláremos en la vida de nuestro santo, y á lo que debemos excitarnos con su ejemplo. San Gil fué simple, recto y temeroso de Dios; y nosotros debemos serlo tambien.

Dadme, Señor, vuestra gracia para desempeñar un objeto tan santo y tan provechoso para nuestra salud, que os pedimos por la intercesion de María santísima. *Ave María.*

Para hacer brillar mas el mérito de san Gil pudiera detenerme á ponderar la cualidad de haber nacido en Atenas, de la descendencia y sangre real. Así lo haria un orador profano con un héroe del mundo, midiendo y acomodando el nacimiento y demas cualidades extrañas al hombre, segun las ideas y el aprecio del mismo mundo, que hace mérito de la gloria que transita y la exaltacion que se evapora; pero no es este el medio del orador sagrado para alabar á los hombres de nuestra religion, y es extraño en sus elogios lo que no se acomode á las máximas del Evangelio, que nos enseña que todos somos iguales en la presencia del Señor; que todos sin distin-

cion de estado y condicion hemos sido redimidos con la sangre preciosa de Jesucristo y admitidos á la herencia del cielo, y que si el mundo distingue entre ricos y pobres, humildes y poderosos, señores y criados, Dios que mira con la rectitud de su justicia no aprecia ni antepone sino el mérito y la virtud donde quiera que se halle. En nada y para nada hubiera sido útil, con respecto á la vida eterna, á san Gil un nacimiento tan esclarecido, si no hubiera seguido por las sendas del verdadero bien, y se hubiera dejado llevar de la vanidad y locura de los bienes engañosos del mundo. Sin embargo yo recuerdo esta cualidad, para daros á conocer su simplicidad y rectitud, y que fué su mérito tanto mayor, cuanto fué mas lo que despreció por buscar á su Dios, y mas fuertes los lazos que rompió para desprenderse de la esclavitud del mundo que con tan pocos esfuerzos nos aprisiona y cautiva.

Sus padres, Teodoro y Pelagia, le dedicaron en su niñez al estudio de las letras y á la práctica de la virtud. Léjos de hallar recreo en los juegos y pasatiempos pueriles, en aquella soberbia y altanería insufrible con que los hijos de los ricos amparados del imprudente cariño de los padres suelen, por lo comun, tratar á los demas, san Gil hallaba todas sus delicias en la casa de Dios; en la asistencia á los divinos oficios y al santo sacrificio de la misa, y en las obras de misericordia con los pobres y necesitados. Un dia que al ir á la iglesia halló á un pobre enfermo echado en el suelo, se desnudó y le dió su misma túnica, y el Señor que apetece ser glorificado en sus escogidos, hizo que el enfermo recobrase inmediatamente la salud.

Este y otros milagros que obró en su juventud le hicieron célebre en el mundo, cuando él ignoraba todavía quién era el mundo. Sus padres murieron dejándole sus honras, sus haciendas y todos los honores de su casa. ¿Qué haria un jóven en lo mas fogoso de su edad, rodeado de riquezas, y estimulado con lo que el mundo puede ofrecer de lisonjero y halagüeño? ¿Qué haria un jóven solo, sin direccion, sin consejo, en medio de los peligros, acariciado de los placeres y dueño de su libertad y de su dinero? Pero ¿qué habia de hacer, si era simple, recto y temeroso de Dios? Lo que el príncipe de los apóstoles al oír por primera vez la voz del divino Maestro que le mandó seguirle: *Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus*

te (1). Dejarlo todo, vender sus posesiones, repartir su valor á los pobres y seguir á Jesucristo. El hombre animal, el hombre que no conoce ni atiende sino á las necesidades y los placeres de su cuerpo, que no busca sino los engañosos y efímeros deleites de este mundo, que pone toda su esperanza en el dinero y los tesoros, no percibe ni quiere entender esta doctrina tan sublime de Jesucristo, y esta conducta tan heroica y admirable de sus siervos. Yo os doy gracias, Señor, porque habeis escondido vuestros arcanos á los sabios y prudentes y los habeis revelado con tanta claridad á los humildes y pequeñuelos. San Gil lo dejó todo por seguiros y recibió en recompensa el cumplimiento de vuestra promesa divina, que el que dejare por vos su casa, sus padres, sus hermanos, sus campos y sus haciendas, recibirá ciento por uno y despues la vida eterna. La fama de su vida ejemplar y de sus milagros le hicieron mas célebre en su patria, que cuanto pudieran haberle hecho sus títulos, sus riquezas y sus honores; pero como solo deseaba vivir para con su Dios, ser despreciado del mundo para merecer el amor divino, ser tenido por vil y despreciable para merecer las eternas recompensas, huyó de su patria para vivir desconocido. Francia recibió en su territorio á este esclarecido griego. El palacio episcopal de Arlés le vió entrar por sus puertas, y su célebre obispo san Cesáreo le admitió en su compañía y le honró con aquella amistad y aquellos obsequios con que solamente saben honrarse los santos.

Un espíritu encendido en la llama del amor divino que abrazaba á estas dos almas escogidas, podria ponderar debidamente aquellos coloquios, aquella oracion, aquel religioso método de vida, que durante dos años tuvieron estos dos huéspedes y peregrinos en la tierra y habitantes mas bien de los cielos, porque allí estaba de asiento su corazon. El santo obispo acabó de instruir al humilde san Gil en las máximas de la verdadera religion, del amor de Dios y del prójimo, sirviéndose mutuamente de estímulo y de modelo.

Cuando Dios dirige las acciones de sus siervos, no es dado á la ciencia del hombre el censurarlas, por extrañas y raras que parezcan, porque el Señor sabe muy bien hacer vanos y confundir los conocimientos de los hombres. Infinitos ejemplares

(1) *Matth. c. 19. v. 27.*

nos lo comprueban en las vidas de los santos, que no podemos dudar que fueron del agrado de Dios viéndolos autorizados y establecidos con grandes milagros. Tal es el hecho que nos presenta en seguida la historia de la vida de san Gil. Abandona el palacio episcopal, deja la compañía de un varón eminente en ciencia y virtud, una casa donde sin peligros podía ser útil á su Dios, á su prójimo y á sí mismo, y huye á la oscuridad de una cueva sin comunicar á nadie su pensamiento, y vive en ella olvidado y desconocido de todos. Este hecho ¿no le podríamos graduar de una extravagancia ó de una desesperación? Pues qué ¿no nació el hombre para vivir en la sociedad? ¿No se puede servir á Dios en todas partes? ¿No podía muy bien santificarse san Gil en la casa de un obispo santo? Pero ¿quiénes somos nosotros para dar consejos al Altísimo y para investigar sus caminos? Él es admirable en sus santos, y si inspiró este pensamiento á su siervo, ¿qué nos toca á nosotros sino adorar en silencio la incomprendibilidad de sus juicios? El milagro de una cierva dirigida por la mano del Omnipotente á la gruta del solitario para alimentarle diariamente con su leche, habla á favor de san Gil, y nos descubre en él cuál es la voluntad de Dios.

Con este parco alimento, diría mas bien, con el pábulo de la meditación y contemplación divina pasó muchos años en aquel escarpado retiro, delicioso solo para las almas santas, que gustan oír la voz de su Dios lejos del estrépito y los peligros del mundo, hasta que el Señor, que vela muy especialmente sobre los suyos, y que tiene dicho que ni un cabello caerá de su cabeza sin su voluntad, dirigió á su cueva al mismo rey de Francia.

Un hombre en traje de ermitaño, venerable por su edad y por la virtud y penitencia retratada en su semblante, causó á la majestad del rey mas admiración y sorpresa que todo el aparato y magnificencia de su corte. Reconoce en él un siervo de Dios, se postra á sus piés, le ofrece todos sus respetos y servicios... ¡ Ah, Señor! ¡ Tan cierto es que no dejaréis en un perpetuo olvido al justo, y que dareis á vuestro siervo la merced de sus trabajos, y los hareis aparecer en un camino admirable. El rey quiere hacer pública la virtud del siervo de Dios y se empeña en honrarle con riquezas y regalos; pero este que tan anticipadamente lo habia renunciado todo por seguir mas libremente á Jesucristo, nada quiso para sí, y aconsejó al rey que

emplease sus ofertas en edificar un monasterio. Lo ejecuta en aquel mismo sitio, y de todas partes conduce la fama y los milagros de san Gil, abad del nuevo monasterio, á muchos penitentes á buscar su salud eterna bajo la dirección de tan santo prelado. Ved aquí la luz, tantos años escondida, puesta sobre el candelero para lucir y alumbrar á todos los habitantes de la casa del Señor. Hombres obcecados y entregados al desenfreno de vuestras pasiones, para quienes la religion de Jesucristo es vanidad y locura; que tan injustamente vilipendiais y ultrajais al estado religioso, y que vierais con gusto exterminada del mundo hasta la memoria de su nombre; yo no quiero poner hoy á vuestra vista millares de pecadores convertidos por su celo en bien de la sociedad y del público, de enfermos asistidos con su ayuda y sus consuelos, de pobres alimentados y socorridos con sus limosnas, de jóvenes puestas á salvo del peligro de pervertirse y desposadas en honestos matrimonios por los medios y recursos de su ingeniosa caridad, y si no tuvierais el corazón tan pervertido y no viviéramos en un siglo de tanta incredulidad, pudiera tambien recordar los infinitos milagros obrados por su medio; pero quiero que lleveis vuestra consideración al monasterio de san Gil, que entreis en el terreno de los hechos á que dais tanta preferencia, y que me digais si hallais en él mas paz, mas caridad, mas beneficencia y mas de todo género de virtudes que en esas academias filosóficas, en esas escuelas de socialismo en que se pretende gobernar al mundo dejándole sin religion, sin fe, y entregado á los desvaríos de una razón delirante. Decidme si no, ¿dónde están las guerras, las rebeliones, los trastornos, los asesinatos y robos causados por los humildes y sencillos habitantes de aquella casa de silencio y de retiro? Entrad en el monasterio de san Gil y vereis á este santo hombre, sin ruido, sin ostentación, sin aparato de elocuencia humana, y solo sí, sencillo, recto y temeroso de Dios, repartir sus luces y comunicar sus virtudes á todos los solitarios que viven bajo su obediencia. Vereis la paz, el silencio, la oración, la frecuencia de sacramentos; el pecador se corrige, el justo se inflama, el que es tentado pelea y resiste á la tentación, el que cae halla muy pronto medios oportunos para levantarse... En una palabra podré decirlo todo para nuestra confusión y sin miedo de ser desmentido: vereis el camino que lleva al cielo y el plantel de los santos.

San Gil hizo brillar aquella virtud que adquirió en tantos años de soledad y retiro, gobernando con acierto su monasterio y ocupándose en el desempeño de otros negocios arduos en que le hicieron entrar motivos de religion y de celo. Ved cómo sabe el Señor cumplir sus promesas. Un hombre que desprecia los bienes y las esperanzas terrenas; que huye del mundo y que vive tantos años desconocido y oculto, en el mundo mismo recibe mas gloria y mas puras satisfacciones que cuantas le hubieran podido proporcionar su nacimiento y sus riquezas. La fama de su santidad y de sus milagros le hace célebre en todas partes; los pueblos le buscan para recibir sus consejos, curar las dolencias de sus enfermos y oír su doctrina celestial: todos le respetan y veneran; su nombre dura por los siglos y pasa con aplauso de generacion en generacion. La muerte, que es preciosa en los justos, le halla sin sorprenderle y la recibe cargado de años y de méritos, con aquella tranquilidad propia solo de un varon simple, recto y temeroso de Dios.

Consiguíó la vida eterna con el desprecio del mundo, con el retiro, el silencio, la mortificacion, con la práctica de las virtudes, siendo simple, recto y temeroso de Dios; y con su ejemplo nos enseña, que si nosotros queremos ser santos, ni necesitamos mas, ni tampoco tenemos otro camino: que no subirá al monte santo del Señor sino el que es inocente en sus obras y limpio en su corazon. El reino de Dios, hermanos míos, no está en la comida y la bebida, en las delicias y los placeres, en las honras y grandezas, sino en seguir á Jesucristo, y para seguir á Jesucristo es necesario hacerse como los niños, es decir, hacerse humilde, simple, recto y temeroso de Dios.

Cuando la iglesia nos propone con tanta frecuencia los ejemplos de los santos, es para que cada uno conforme á su estado se esfuerce en practicar las virtudes que á ellos los introdujeran en el cielo. En vano será oír el elogio de san Gil, si no procurais formar vuestro corazon con arreglo á su conducta. No quiero ni puedo exigir con esto que abandoneis vuestras casas, que vendáis vuestras posesiones y que vayais á pasar vuestra vida á la oscuridad de una cueva: este género de vida no es imposible, como habeis visto; pero está reservado para aquellas almas á quienes Dios conduce á ella por una gracia particular. Quiero sin embargo, y puedo exigir de vosotros la pobreza

de espíritu; que poseais los bienes de este mundo como si no los poseyeseis; que seais compasivos y misericordiosos con vuestros prójimos; que desterreis de vuestro corazon la ambicion, la venganza, la enemistad; y que en medio de las tareas de vuestro oficio dediqueis algunos ratos á Dios contemplando los muchos beneficios que estais recibiendo de su mano. Sed simples, rectos y temerosos de Dios, evitad la mentira, llevad con paciencia los trabajos, educad en la religion y santas costumbres á vuestros hijos, sed obedientes á las autoridades, respetad á los sacerdotes, haced el aprecio debido de los religiosos, vivid segun Dios, porque si vivís segun la carne, moriréis eternamente.

No os dejeis llevar de las máximas corrompidas de los libertinos que os ofrecen felicidad viviendo en el desenfreno. No hemos nacido para entregarnos de lleno á los deleites y placeres de este mundo: no puede haber felicidad completa en la tierra, y si alguna podemos lograr todos, es la que consiste en obrar bien. Tampoco os aflijan los trabajos con que el Señor os castiga: volved la vista hácia vosotros mismos, y hallaréis que el hambre, la pobreza, las enfermedades y todo lo que llamamos males son castigos con que Dios nos procura purgar y apartar del pecado.

Dedicaos á aplacar su ira arreglando vuestras costumbres; tened presente la vida ejemplar de san Gil, y consolaos como él en la esperanza de que los trabajos y tribulaciones momentáneas de esta vida obran la felicidad eterna, y que exceden infinitamente los bienes y recompensas del cielo á los padecimientos y privaciones que sufrimos por Jesucristo en la tierra. ¿De qué sirve cuanto el mundo pueda darnos, si perdemos miserablemente nuestra alma? Y ¿qué aprecio debemos hacer de cuanto el mundo pueda darnos, si ganamos nuestra alma para Dios?

Meditemos como san Gil esta máxima del Evangelio, y ella nos hará como á él, apartar del vicio, crecer y adelantar de virtud en virtud; nos inflamará en el deseo de las cosas del cielo y de no apetecer sino buscar al Señor y habitar en su casa interin tengamos vida.

Vos, glorioso santo, que en la tierra tuvisteis tanto poder para con los que tuvieron la dicha de encomendarse á vuestras oraciones, y que ahora ocupais un lugar tan distinguido en la

casa del gran Padre de familias, dispensad vuestra proteccion á los devotos que os invocan. Premiad la piedad religiosa de los que os ofrecen estos cultos; emplead vuestro valimiento, é interceded con el Señor para que nos dé la gracia de saber la ciencia principal, la de gobernar nuestras almas y ser simples, rectos y temerosos de Dios, para que Dios nos premie con su gloria y le cantemos las divinas alabanzas en vuestra compañía por los siglos de los siglos. Amen.

FIN DEL TOMO SEXTO Y ÚLTIMO.



TABLA

DE

LOS SERMONES, DISCURSOS ETC.,

QUE COMPRENDE

EL TOMO SEXTO.

	PÁG.
Sermon de santa Rosalía. No hay mayor heroísmo que renunciarlo todo por el amor de Dios, y tampoco hay otro camino para salvar nuestras almas, que renunciarnos á nosotros mismos juntamente con el mundo. — De Lázaro García.....	1
Sermon de san Rosendo. Es el ejemplar y modelo que debemos imitar para amar á Jesucristo, ser virtuosos en esta vida y conseguir la gloria eterna. — De la Biblioteca predicable.....	12
Sermon de Santiago el Mayor. Santiago fué el primero que predicó en España la fe de Jesucristo. — De González.....	20
Sermon de Santiago apóstol. — Del Púlpito español.....	28
Sermon de san Sebastian. — De la Biblioteca predicable.....	41
Sermon de san Sebastian. — De Sánchez Sobrino.....	49
Sermon de san Segundo. — De la Biblioteca predicable.....	58
Sermon de san Simon y Júdas, apóstoles. — De Lázaro García.	66
Sermon de santa Tecla. — De la Biblioteca predicable.....	75
Sermon de san Telmo. — De la Biblioteca predicable.....	84
Sermon de santa Teresa. — De Sánchez Sobrino.....	92
Sermon de santa Teresa de Jesus. — De la Biblioteca predicable.	103
Sermon de san Tesifonte, obispo y mártir. — De Lázaro García.....	113
Discurso para el dia de la festividad de Todos los Santos. — De Troncoso.....	122
Sermon para el dia de Todos los Santos. — Del Púlpito español.	134
Discurso para el dia de santo Tomas apóstol. — De Troncoso...	144
Sermon de santo Tomas apóstol. — Del Púlpito español.....	158
Sermon del angélico doctor santo Tomas de Aquino. — Del R. P. Fr. Juan de Dios Pastor.....	172
Discurso para el dia del angélico doctor santo Tomas de Aquino. — Del R. P. Fr. Ramon Casaus Tórres y las Plazas.....	199